

«Soy un hombre enfermo... Soy un hombre
despechado. Soy un hombre antipático.
Creo que padezco del hígado. Sin embargo,
no sé nada de mi dolencia ni sé a ciencia
cierta de qué padezco. No estoy en
tratamiento y nunca lo he estado. No señor,
me niego a ponerme en tratamiento
por puro despecho».

Apuntes del subsuelo

Fiódor Dostoyevski

Apuntes del subsuelo

Traducción directa del ruso
de Juan López-Morillas



Alianza Urgentes

Título original: *Zapiski iz podpol'ya*

Primera edición: 1991

Cuarta edición: septiembre de 2026

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de cubierta: Javier Jaén

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-311-2

Depósito legal: M-10496-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

- 9 Advertencia preliminar
- 11 Primera parte: Subsuelo
- 65 Segunda parte: A propósito del aguanieve

Advertencia preliminar

Tanto el autor de estos *Apuntes* como los *Apuntes* mismos son, por supuesto, ficticios. Ello no quita para que, atendiendo a las circunstancias en que se ha formado nuestra sociedad, puedan y aun deban existir en ella personas como el autor de estos *Apuntes*. Yo he querido retratar ante el público con más nitidez de lo habitual a un personaje de nuestro pasado reciente, representativo de la generación que aún pervive. En este fragmento, titulado «Subsuelo», el tal personaje se presenta a sí mismo, ofrece su visión del mundo y, por así decirlo, trata de explicar el motivo de su aparición entre nosotros y por qué tal aparición era inevitable. En el segundo fragmento se ofrecen los apuntes mismos de este personaje sobre algunos acontecimientos de su vida.

Fiódor Dostoyevski

Primera parte
Subsuelo

Uno

Soy un hombre enfermo... Soy un hombre despechado. Soy un hombre antipático. Creo que padezco del hígado. Sin embargo, no sé nada de mi dolencia ni sé a ciencia cierta de qué padezco. No estoy en tratamiento y nunca lo he estado, aunque siento respeto por la medicina y los médicos. Por añadidura, soy sumamente supersticioso, al menos lo suficiente para respetar la medicina. (Soy lo bastante culto para no ser supersticioso, pero soy supersticioso). No señor, me niego a ponerme en tratamiento por puro despecho. He ahí algo que ustedes probablemente no comprenden. Ahora bien, yo sí lo comprendo. Yo, por supuesto, no sabría explicarles contra quién precisamente va dirigido mi despecho en este caso; sé perfectamente que no puedo «jorobar» a los

médicos por el hecho de no consultar con ellos; sé mejor que nadie que el único perjudicado en esto soy yo y solo yo. En todo caso, si no me pongo en tratamiento es por despecho. ¿Que mi hígado está mal? ¡Bueno, pues que se ponga peor!

Así llevo viviendo desde hace largo tiempo: unos veinte años. Ahora tengo cuarenta. Antes era funcionario público, pero ahora no lo soy. Era un mal funcionario: grosero y gustoso de serlo. En todo caso no me dejaba sobornar, por lo que eso, al menos, me servía de compensación. (Pésima ocurrencia esta, pero no la tacho. La escribí pensando que me saldría muy chistosa; pero ahora, viendo que solo quería pavonearme cínicamente, la dejo adrede tal como está). Cuando una persona se acercaba a mi mesa para pedir algún informe, yo empezaba a rechinar los dientes y sentía un placer inmenso cuando conseguía disgustarla. Casi siempre lo conseguía. Era, por lo general, gente tímida –ya se sabe, gente que venía a solicitar algo–. Pero entre los fanfarrones había un oficial del ejército a quien no podía aguantar. Se negaba rotundamente a amilanarse y armaba un estrépito horrible con el sable. Durante año y medio anduve a la gresca con él por causa de ese sable. Pero a la larga le gané la partida y dejó de meter ruido con él. Esto, sin embargo, me pasó cuando aún era joven. ¿Pero saben ustedes, señores, cuál era el verdadero meollo de mi despecho? Pues bien, el verdadero meollo, la suprema inmundicia, consistía en que, hasta en los momentos mismos de mi mayor atrabilis, tenía conciencia, a cada instante y con sonrojo, de

que no solo no estaba furioso, sino ni siquiera enfadado, y que lo que hacía era solo espantar gorriones para divertirme. Podría estar echando espumarajos por la boca, pero bastaba que alguien me trajera una muñeca con que jugar o me diera una taza de té azucarado para que me calmase casi siempre. Puede incluso que me conmoviera hondamente, aunque lo probable es que más tarde rechinara los dientes contra mí mismo y que de pura vergüenza padeciera de insomnio durante varios meses. Eso me pasaba siempre.

Mentí hace un momento cuando dije que había sido un mal funcionario público. Mentí por despecho. Solo quería divertirme a costa de los solicitantes y de ese militar; en realidad, nunca he podido ser malévolo del todo. A cada momento me daba cuenta de que en mí existían muchos, muchísimos, factores totalmente opuestos a ello. Esos factores –así como suena– los sentía rebullir dentro de mí. Sabía que habían estado rebullendo allí toda mi vida y que querían que les diera salida, pero no se la di, no se la di, de propósito no les dejé que salieran. Me atormentaban hasta el punto de avergonzarme; incluso me causaban convulsiones y acabaron por fastidiarme. ¡Y cómo me fastidiaban! Ustedes, señores, quizá crean ahora que estoy arrepintiéndome de algo ante ustedes, que les pido perdón por algo, ¿verdad?... Estoy convencido de que es eso lo que creen... Pues bien, les aseguro que no me importa un bledo que lo crean...

No solo no puedo volverme malévolo, sino que no puedo volverme ninguna otra cosa: ni malévolo ni bené-